

## La mano del poeta (Cernuda)

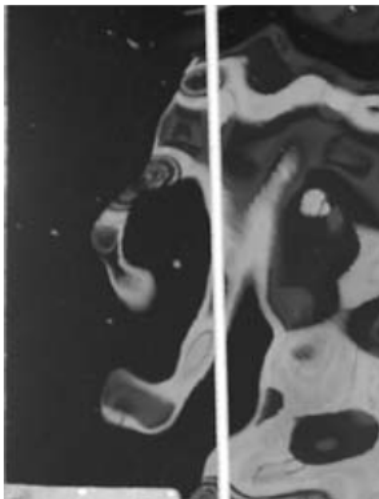
A Claudio y Clara  
(En viaje a Cambridge)

### I

Y recordé la mano muerta de la muchacha egipcia,  
tras el cristal expuesta, en el vario y caótico museo de la ciudad,  
contemplada por los turbados ojos de aquel niño  
y por mí, indiferente.  
Allí, en el polvo, petrificada por el tiempo,  
supe que mutilar un cuerpo no era bárbara acción  
porque sin vida es menos que lo menos.  
Y no sentí vergüenza  
por contemplar, emocionado,  
el duro escarabajo en el podrido dedo.  
Aquella piedra verde, más fresca que la carne,  
tenía una hendidura,  
porque el tiempo también la había corroído  
Era piedra difunta, que regresaba al polvo  
con una lentitud mayor que la del hombre.  
Y al recordar la mano aquella  
dirigí la mirada hacia la mía,  
y sentí en la otra mano su calor.

### II

Fuera del coche estaba  
desvaída la luz, y el cielo miserable,  
y un cierto frío de mendigo.  
Tuve extrañeza de la tierra aquella,  
y percibí el consuelo de la noche ocultándola;  
y miré aquellos días, pude abarcarlos todos con la memoria,  
y los sentí vividos sin dolor, y sin amor vividos.  
Viajaba a la ciudad donde quemaste  
un breve plazo de tu escaso tiempo;  
años de dura soledad, ya que eran años de tu vida.  
Tuviste un mal destino,  
pues tu constante huésped fue el fracaso;  
sabías que en la lucha  
siempre es el hombre puro el que perece.  
Pero tú más inerme que los demás,  
con menos fuerza que nosotros,  
pues tu apetencia de la luz era más poderosa;  
otros, para poder vivir, nos contentamos con mendrugos,  
y aún nos arrasa en lágrimas los ojos  
el sentimiento vil del agradecimiento.  
Pero tú estabas hecho con el divino fuego de los héroes;



y se llenó tu pecho de mayor soledad,  
de más fracaso, de la amargura más humana,  
y ya nadie podía acercarse a tu persona  
Te contemplábamos de lejos, la lucha desigual,  
y tú de pie;  
la injusticia del hombre, las gigantes pasiones de tu espíritu,  
y tú de pie;  
la vejez que iba entrando en tu cansancio, y con perfidia te tiñó el

/cabello,

y tú de pie;  
sosteniendo las piernas con las manos,  
pero de pie,  
con tu sola defensa: tu desdeñoso gesto, tu soberano orgullo.  
Y era tu espíritu el más débil,  
pues tu apetencia de la vida era la más intensa;  
advirtieron tu voz, cuando nacía,  
como el sonido que dejaba al aire  
desvanecido por su ligereza;  
en el oído de los hombres, tu voz sonaba ahora  
con sonido de sombra perdurable.  
Y aquí está tu valor, y aquí el fracaso,  
pues tú amabas la vida, de tal modo la amaste  
que no hubo queja en ti contra el misterio nunca.  
Y a pesar del dolor y la amargura del alentar humano  
defendiste la vida con amor,  
y con amor la muerte:  
aceptaste un destino rencoroso.

Miré fuera del coche, y alcé los ojos a la luz,  
y estaba ya en su muerte,  
(y miré aquellos días, pude abarcarlos todos con la memoria,  
y los sentí vividos sin dolor, y sin amor vividos),  
y amé tan poca vida con una fuerza poderosa.  
Pensaste acaso que aquí tú fuiste desamado,  
y ahora tu oído es fino y no hay engaño: oyes  
las no visibles ondas del amor  
llegar hasta tu cuarto oscuro,  
llegar en oleadas de esa vida  
que detrás de tu puerta se ha quedado.

### III

Y recordé la mano muerta del museo porque pensé en la tuya;  
tu torpe mano en que se deshacía  
la posible amistad, el necesario afecto de los hombres:  
esa mano segura que imponía  
soberbia servidumbre a la palabra.  
Y la vi también muerta,  
anónima en la sala de un museo, desnudo el largo dedo,  
deteniendo, con invencible fuerza,



el caminar curioso de los cansados visitantes.  
Después de tantos siglos  
daba tu mano testimonio de este pasado tiempo  
en que acordar la vida y la verdad es doloroso para el hombre,  
y hace gemir tanto la vida  
que el prodigio perdura ante el mirar humano.  
Mas nadie allí sabría que, además de vivir  
aquella mano repartió la vida.  
Y vi tu mano muerta en el viaje  
que me llevaba a la ciudad donde viviste  
sin tierra y sin amor,  
con el deseo sólo del amor y la tierra.  
Y percibí que el mundo estaba oscuro, más allá de los faros.  
Con sequedad nacida de un grave pensamiento  
seguí trenzando el hilo del futuro:  
mientras la vida alienta, el hombre quiere  
mirar la muerte expuesta  
en aquello que, un tiempo, retuvo en sí la vida,  
para pensar que no se acaba completamente todo;  
así procura vida la memoria  
en el informe bulto de la muerte.  
Y vi después tu mano, en la sala vacía del museo,  
roto el frío cristal, ya sólo polvo, naufragio indiferente  
que la tierra y el cielo contemplaban.  
Y al sentir en mi mano aún el calor  
apresuré la marcha del viaje.

(De *Palabras a la oscuridad*)